

EDITORIAL

LIBERTAD DE EXPRESIÓN

Seguramente todos los ciudadanos de Peñafiel asumimos lo que es libertad de expresión, pero pocos la practicamos.

Cuando tenemos un problema, o sucede algo en nuestro entorno con lo que no estamos de acuerdo o nos parece inadecuado, lo asumimos sin más, prevaleciendo la resignación.

No es posible denunciar sin sentir las consecuencias de las personas o entidades a quienes van dirigidas nuestras discrepancias, ya que, en la mayoría de los casos, quienes reciben las críticas tienen intereses personales o simplemente éstas no resultan de su agrado, porque de alguna manera nuestra opinión pone en peligro sus objetivos.

Quizá porque aquí todos los ciudadanos nos conocemos y cuando nos encontramos en un bar tomando café, o nos cruzamos en una de nuestras calles donde, además de los pasos, se escucha la respiración de alguien que pasa a escasos dos metros, nos sentimos incómodos y nos preguntamos ¿por qué he dicho lo que pienso? o ¿por qué no digo lo que siento?

Sería mucho mejor concebir la libertad de expresión como algo natural y defender cualquier postura con sentido común, dejando la vehemencia a un lado, para que el problema, por duro o dramático que sea, se solucione civilizadamente.

Estamos en un momento en el que debería ser normal expresar cualquier injusticia o desatino que traspasen la legalidad, tanto de persona como de entidad, y mucho más cuando ese incumplimiento de unas normas de convivencia necesarias, perjudican a la mayoría.

Esa práctica tan sana de la democracia nos permitiría vivir con la seguridad de no tener que padecer agravios comparativos con otros ciudadanos. Y a su vez, avanzaríamos en una participación social real, donde una opinión es tan valiosa como otra, sacando de ese

fructífero debate de libre opinión, una mejora sustancial en el crecimiento ecuánime de nuestra pequeña sociedad.

El problema surge cuando la opinión choca con las entidades que tienen la potestad de favorecer o no a libre albedrío a personas o entes, donde de nada vale el mérito del bien hacer, de la plena dedicación a tu sociedad, el de no pedir nada...; sólo es válido admitir como bueno todo lo que de ellas sale. Y eso si quieres vivir sin empujones a la exclusión, a una marginación soterrada que sólo sufren los que alguna vez se atrevieron a poner negro sobre blanco en forma de libertad de expresión.

Los miedos atenazan, pero los sapos tragados al final acaban horadando nuestro cerebro y te convierten en un manso con yugo tirando de una carga que no es la suya, asumiendo tal castigo con absoluta resignación.

Nuestra sociedad necesita que practiquemos con mayor asiduidad la sana y necesaria libertad de expresión.

Asentir sin convencimiento, por temor a las consecuencias que nos puedan venir, no nos permitirá nunca crecer como una sociedad sana, sin prejuicios ni complejos.

Se podrían enumerar cientos de agravios que ha soportado nuestra sociedad, que han quedado sin un sano debate por el simple hecho de que nadie manifestó en los sitios adecuados su necesaria libertad de expresión. Hoy, donde los retos de cuidar nuestro Peñafiel son más virulentos y los peligros de desidia acaecen sin compasión, creemos necesario que se practique **LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN**

